

CARTA EDITORIAL

Divulgación científica: una forma de contemplar lo que antes era

José D. Pablo-Cea¹

¹ Escuela de Biología, Facultad de Ciencias Naturales
y Matemática, Universidad de El Salvador

Imagine por un momento una montaña tan alta y escarpada que sólo unas pocas personas pueden ascenderla. Alcanzar su cima requiere años de preparación física, disciplina y conocimiento del terreno. Quienes logran emprender el ascenso avanzan lentamente por sus senderos y, a medida que ganan elevación, comienzan a contemplar paisajes cada vez más amplios y sorprendentes. Sin embargo, aunque muchas personas desearían admirar esas vistas, para la mayoría el simple hecho de pensar en escalar la montaña resulta abrumador. La montaña es inmensa y compleja, y sin una guía clara pocos saben siquiera por dónde comenzar.

Es una verdadera lástima; no todas las personas pueden invertir el tiempo y la preparación física y mental que exige la disciplina del montañismo a tiempo completo. Así, a pesar de lo enriquecedora que podría ser la experiencia de ascender poco a poco y contemplar aquellas vistas, muchas personas deben conformarse con escuchar relatos lejanos: historias contadas por alguien que conoce a alguien que, alguna vez, logró subir un poco y contemplar aquellos paisajes extraordinarios.

Ahora imagine a los montañistas: personas que han dedicado su vida a conocer la montaña, pero que comienzan a sentirse aisladas de los demás. Poco a poco se dan cuenta de que las vistas desde la cima son demasiado

impresionantes como para que sólo unas pocas personas puedan contemplarlas. Además, si más personas conocen esos hermosos paisajes, también habrá más personas interesadas en emprender el arduo camino del montañismo.

Durante mucho tiempo se han pensado formas de motivar a más personas a subir la montaña. Después de estudio y reflexión, una posibilidad ha emergido con fuerza: la construcción de un teleférico. Este teleférico permitiría que muchas más personas ascendieran y accedieran a aquellas vistas que antes parecían inaccesibles. De esta manera, quienes se interesen podrían contemplar el paisaje y comprender un poco mejor el mundo que les rodea.

La ventaja del teleférico es que permite que personas sin entrenamiento como montañistas profesionales puedan recorrer, maravillarse, contemplar y comprender nuevos paisajes. Es cierto que esta forma de ascender no es tan exigente como la de los montañistas expertos, pero tampoco es completamente más compleja: el oxígeno escasea, la temperatura desciende y la nubosidad puede impedir la visión de algunos componentes del horizonte. Por ello, quienes desean disfrutar del paisaje también deben prepararse un poco: llevar abrigo, suficiente agua, alimento y, quizá, algo de oxígeno. Algunas áreas, incluso con ayuda del teleférico, permanecerán parcialmente inaccesibles.

Ahora hablemos de ciencia. En esta alegoría, la ciencia está representada por el montañismo; la montaña simboliza la formación y el avance científico; las vistas impresionantes representan el conocimiento científico; los montañistas, a la comunidad científica; y el teleférico, a la divulgación científica.

Aunque a primera vista pueda parecer una analogía extraña, el teleférico nos permite comprender varios aspectos clave de la divulgación científica. En primer lugar, construir un teleférico no es una tarea sencilla: requiere planificación, conocimiento técnico, tiempo

y dedicación. De manera similar, divulgar ciencia tampoco es fácil. No cualquiera puede transformar conocimientos complejos en explicaciones claras, accesibles y sencillas. Es necesario saber cómo diseñar ese “teleférico”, decidir cuidadosamente en qué puntos detenerse y cómo mostrar las mejores vistas de la montaña del conocimiento a quienes desean contemplarlas.

En segundo lugar, al teleférico sólo suben quienes desean observar el paisaje. Por ello, también es tarea de la comunidad científica despertar la curiosidad y el interés de la sociedad, de modo que cada vez más personas quieran contemplar esas vistas extraordinarias.

La idea de construir un teleférico que nos ayude a ascender y acceder a esas vistas pudo parecer, en algún momento, un proyecto inverosímil. Sin embargo, en la época en que vivimos, divulgar la ciencia es un proyecto cada vez más accesible. Existen herramientas al alcance de muchas personas, como internet, canales de YouTube, podcasts y redes sociales dedicadas enteramente a la divulgación científica.

Entre todos estos medios, todavía sobresalen

aquellos que nos recuerdan la importancia de cultivar hábitos fundamentales, como la lectura. En este sentido, los libros y las revistas de divulgación científica siguen ocupando un lugar destacado, recordándonos que, incluso en un mundo saturado de estímulos, la lectura continúa siendo una de las formas más profundas y duraderas de acercarnos al conocimiento.

AQUACIENCIA es la revista de la Escuela de Biología de la Universidad de El Salvador. Desde

hace cuatro años, esta revista surgió como un espacio para compartir el conocimiento científico de manera accesible y reflexiva. En su origen, se enfocaba en ecosistemas marino-costeros y cuerpos de agua continentales; no obstante, actualmente AQUACIENCIA incluye temas de biodiversidad en general, ecología y educación ambiental. Después de todo, ¿qué es la vida sino un extraordinario subproducto de la presencia del agua en la Tierra? Actualmente, la revista continúa aceptando artículos científicos, ¿cómo no?, pero también ha ampliado el espectro de manuscritos que recibe. Entre ellos se incluyen secciones como: gajes del oficio de un biólogo, hecho en la Universidad de El Salvador, temas selectos en Biología, conoce a tus biólogos y naturalistas, entre otros.

En este número rendimos un merecido homenaje póstumo a Milagro Salinas, exdirectora y profesora de la Escuela de Biología, cuya partida prematura lamentamos profundamente. Además, Jonathan Rivera nos ayuda a explorar el incomprensible mundo de los murciélagos. Por su parte, Néstor Herrera expande el conocimiento sobre las aves playeras de El Salvador. También conoceremos cómo nuestras vidas están entrelazadas, gracias al trabajo de Lechuga Contreras, Andrea Oviedo y Fernanda Barrera. Finalmente, y como broche de oro, Aurora Hernández nos deleita con el hermoso poema Eros Naturalis.

La comunidad científica se dio cuenta de que no quiere permanecer aislada en la montaña. Por eso construimos un teleférico: para que más personas puedan acompañarnos en este viaje. En consecuencia, en este número de AQUACIENCIA lo invitamos a acompañarnos en el camino de la divulgación científica, ya sea enviándonos sus trabajos inéditos o leyendo los trabajos publicados.